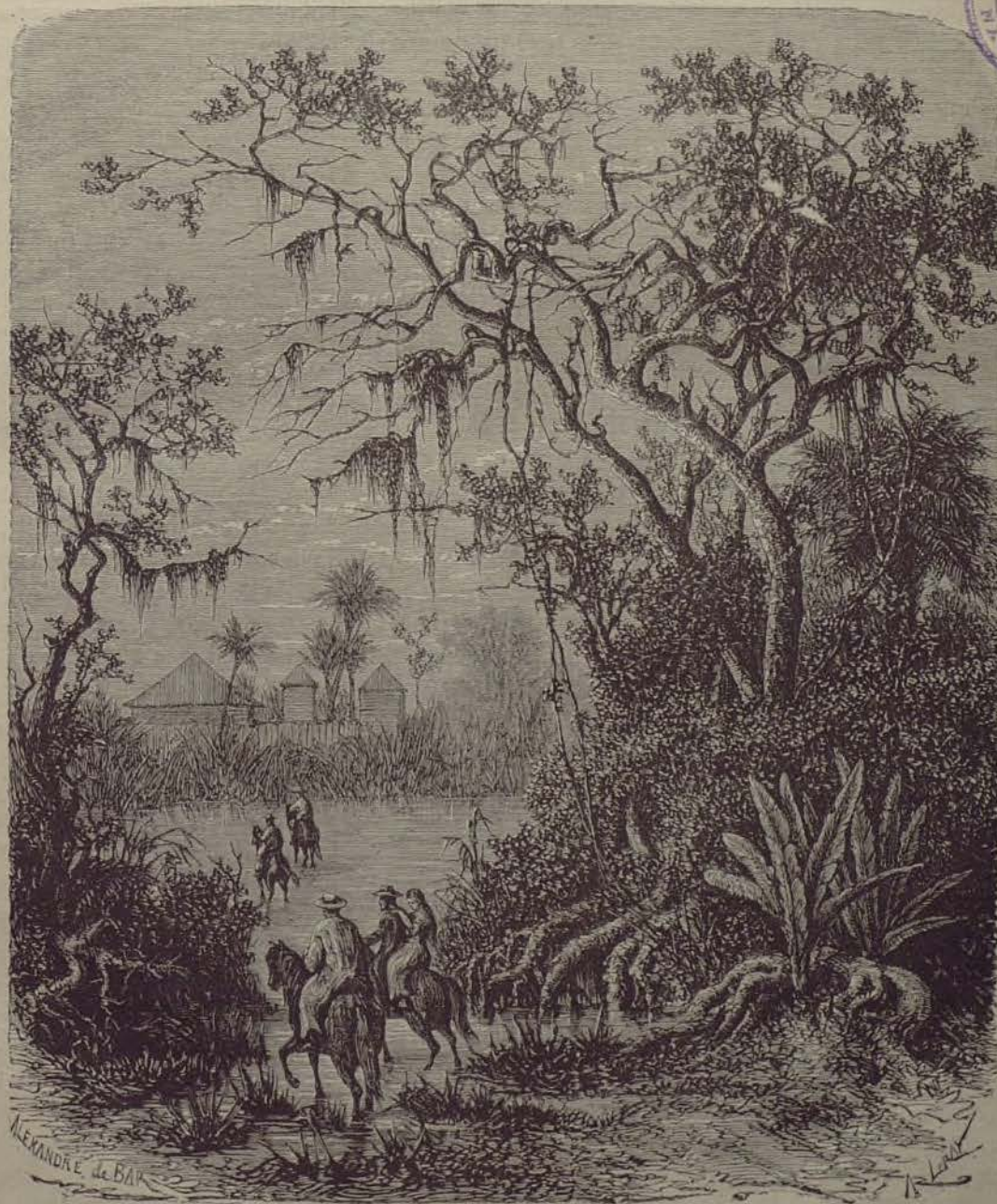


SEMANARIO FAMILIAR PINTORESCO.

SUMARIO: Sea bien venido, por *Francisco J. Orellana*. Expedición al centro de la Florida, por *H. de la Blanchère*.—Edgardo Poe y sus obras, por *Julio Verne*.—**GALEA DE CELEBRIDADES:** Carlos Gounod. Apuntes biográficos, recogidos por *F. Nacente*.—**CIENCIA FAMILIAR:** Lluvia y buen tiempo, por *Arturo Mangin*.—Ana Severin, por *M. Craven*, traducción de Emilio

Orellana.—Jardinería de Salon, arreglada al español por *F. N*.—**SECRETOS DE TOCADOR:** Pomada para blanquear las manos. —Preparación de guantes grasos para las manos. **GRABADOS:** Expedición al Centro de la Florida. *Fuerte Bassenger*. Edgardo Poe y sus obras. *Sucesión de ideas*. Galería de celebridades. *Carlos Gounod*. *Jardinería de salon*.

EXPEDICION AL CENTRO DE LA FLORIDA.



LAGO OKICHOBI.—FUERTE BASSENGER.



SEA BIEN VENIDO.

Al Sr. Editor del *Semanario familiar pintoresco*.
Barcelona.

Solicita V. mi humilde opinion acerca del *Semanario* que se propone dar á luz, y me pide al mismo tiempo algunas líneas para encabezarlo. Con sumo gusto satisfaré á lo primero, ya que motivos de delicadeza y cortesía no me permitan acceder á lo segundo.

El programa que V. me comunica es altamente plausible; y llevado á realizacion con acierto y fortuna, merecerá, sin duda, las simpatías generales.

«La *Familia*, dice el programa, es el objetivo de este *Semanario*.

»Facilitar los goces intelectuales que proporcionan las lecturas instructivas, la misión que nos hemos impuesto.

»Presentar la instruccion adornada con las galas del pensamiento y del lenguaje ameno, los atrevidos vuelos de la fantasía y las bellezas del buril, son los medios que emplearemos para conseguirlo.

»Hacer que, por su índole moral y recreativa, tenga esta publicacion libre y fácil entrada en el sagrado del hogar doméstico, el término de nuestras aspiraciones.

»La *Mujer*, es, sin duda, el Ángel del hogar y el núcleo de la *Familia*; y la *Familia*, base de la *Sociedad*. Facilitando á la mujer instruccion envuelta entre flores, se facilitan grandemente los progresos de la *Sociedad*.»

Tal es el programa, ó por mejor decir, el pensamiento generador de este *Semanario*. ¿Cómo no ha de merecer mi adhesion completa?

Yo bien me sé que hay quien opine, que la mujer no necesita ser instruída; quien arguya que el árbol de la ciencia estaba plantado entre flores, y que el haber probado de su fruto la primera mujer fué la perdicion del género humano; pero entiendo que lo que perdió á Eva y perderá á todas sus hermosas hijas es la curiosidad impertinente y el demonio de la vanidad.

Ahora bien: ¿puede haber nada más peligroso que la ignorancia para inducir á la mujer á caer en tales deslices? Curiosa por naturaleza, se inclinará siempre á morder la fruta prohibida; y si carece de conocimientos que den pasto sano á su imaginacion, se entretendrá en averiguar vi-

das ajenas, en murmurar con sus amigas, y de sus amigas; aprenderá tal vez historias vivas, que de seguro suelen ser más perniciosas que el peor de los libros; se hará doctora, ó por lo menos, bachillera en frivolidades; y el deseo de agradar, innato en ella, la llevará insensiblemente á olvidar las modestas virtudes que constituyen su más bello adorno, para seguir, por espíritu de imitacion y acaso por envidia, ejemplos de vanidad, que sólo deberían merecer su desprecio. Colocada en esta pendiente, la más sencilla y amable podrá convertirse en fiera enemiga del hombre; la cándida paloma, en astuta serpiente; la gallarda palmera, en manzanillo, cuya sombra envenena y mata.

No veo, sin embargo, la necesidad de que todas las mujeres sean sabias, aparte de que tampoco esto es posible; pero sí de que procuremos cultivar su entendimiento, sin dejar por eso de formar su corazon, que encierra tesoros de bondad inagotables: hagamos de manera que se habitúen á distraer sus breves ocios con recreaciones útiles; démosles á saborear los goces puros del espíritu, sin el árido aparato ni la palabrería pedantesca que suelen revestir las ciencias abstractas; iniciémoslas en los misterios de la naturaleza, lo bastante para que su fácil comprension entrevea las grandezas de la creacion, las maravillas innumerables del mundo sensible, y la magnificencia de los cielos; entretengamos su curiosidad con el variadísimo espectáculo que ofrecen los diferentes pueblos y razas esparcidos sobre la faz de la Tierra, con la descripcion y la representacion gráfica de los monumentos más notables, con las provechosas lecciones de la Historia; y así seguramente las haremos mejores y más dignas de nosotros mismos, y las semillas que caigan en su inteligencia germinarán y fructificarán lozanas en sus hijos y en los hijos de sus hijos.

«Los hombres hacen las leyes; las mujeres, las costumbres,» se ha dicho con verdad; y nada expresa con tanta precision la poderosa influencia de la mujer en el bien ó el mal de las sociedades humanas. ¿Qué costumbres harán las mujeres ignorantes? Sean instruídas, sin dejar de ser modestas, y acrecentando así sus atractivos, transformarán el pueblo más frívolo y perverso en un pueblo serio, inteligente y honrado.

He conocido, entre otras, á una mujer, que no podía brillar en el mundo por su posicion, ni por su belleza. Era una rica labradora de un pueblo

de la Mancha; sin poseer un gran talento, ni haber hecho profundos estudios, había adquirido, sin embargo, una variada instrucción, de que nunca hacía gala. Aquella señora era el orgullo y el descanso de su marido, la providencia de su familia, la delicia de cuantos la trataban: tenía tres hijos, dos varones y una hembra, y ella era su única preceptora. Contaba yo entonces veinte años, y veinte menos que la honrada matrona, y sin embargo, prefería su amena conversacion á la de las jóvenes más bellas. El atractivo puramente intelectual que en aquella mujer me cautivaba, ejercía visible influencia en toda la poblacion. Hoy, el mayor de los hijos educados por ella es uno de nuestros más distinguidos generales; el segundo, un eminente y probo magistrado, y la niña, una excelente señora, digna émula de su madre.

¡Oh! ¡qué otra sería la suerte de España, si abundasen más las mujeres parecidas á mi labradora de la Mancha!...

Yo considero la publicacion que V. proyecta como una tertulia de personas instruidas, que un día á la semana se reúnen á conversar en el seno de cada familia: concurrirán á ella hombres sabios, sin pretensiones de parecerlo, y señoras de talento, que sin duda contribuirán en mayor grado á la amenidad de la reunion. Se hablará de todo un poco; de ciencias y de artes, de viajes y de costumbres del universo; de secretos de tocador, sin cometer imprudencias; de moral pública y privada; de modas y de flores. Se contarán episodios históricos y vidas de los que ya fueron, y se enseñarán sus retratos, y alguna dama distinguida relatará tal cual novela, inspirada en los más nobles y bellos sentimientos. Si esto ha de ser el *Semanario familiar*, ninguna duda tiene que está llamado á producir ópimos frutos, y á mí sólo me toca decir: ¡Que sea muy bien venido!

Ya sabe V. mi pobre parecer. En cuanto á ser yo el primero que tome la palabra, es cosa muy diferente: no debo hacerlo por muchas razones, y sobre todo, porque me lo prohíbe la galantería. Puesto que el *Semanario* es, en mi concepto, una tertulia, y una tertulia en que hay damas, sírvase V. saludar en mi nombre á tan distinguida reunion: ofrezca mis respetos á los Caballeros, y póngame á los pies de las Señoras.

Eso, y nada más.

FRANCISCO J. ORELLANA.

EXPEDICION AL CENTRO DE LA FLORIDA. EL OKICHOBI.

POR

H. DE LA BLANCHERE.

INTRODUCCION.

A últimos de setiembre de 187... se dirigia una reducida caravana hacia el sud de la Florida, region mortífera y letal para los europeos y aun para los americanos mismos.

Mandábala el joven é intrépido español don Julian del Meril, y se componia de cinco individuos, que ya conoceremos, montados en cuatro caballos de la hermosa raza que los españoles importaron en el Nuevo Mundo en tiempo de la conquista, y que tanto y tan bien se ha desarrollado en aquellas inmensas sabanas y praderas.

Nuestros cinco audaces aventureros, atraviesan el vado del Bassenger, único paraje por donde pueden cruzarse las rápidas y caudalosas aguas del rio Kisimí.

Una de las cosas que causan mas asombro en ese pais sin igual, es ver un rio que se precipita de las colinas que se ostentan de este á oeste en la parte norte del vado, y corre como impetuoso torrente hasta confundirse en esa inmensa balsa de agua verduzca, el lago Okichobi, (1) sin movimiento alguno, ni desagüe aparente.

Fué en verdad un acontecimiento para la corta fuerza de veinte soldados que guardan el fuerte Bassenger la llegada de los cinco viajeros.

Aquellos hombres que solo de vez en cuando veían agitarse en tan vasto espacio algun ciervo ó algun oso; que no oían mas que los cantos ó graznidos de algunas bandadas de aves silvestres, vieron de pronto la caravana que se acercaba por el largo camino del vado, y su admiracion y sorpresa no conocian límites.

¿A dónde iban aquellos audaces viajeros por un país inhabitable, puesto que el fuerte era el último punto en que la vida era menos difícil, ya que, mas adelante, no ofrecia el país sino una muerte horrible á mano de los indios que se escondian como en su último refugio contra los norte-americanos, en las cercanías del Okichobi, ó al influjo de las emanaciones pestilenciales de las aguas estancadas de este lago?

De ahí procedia el asombro de la guarnicion del fuerte Bassenger, la cual debia creer que

(1) Los norte americanos escriben Okeechobee.

aquellos hombres se dirigirían hacia el sud, hacia el lago, que es como decir hacia una muerte segura y espantosa.

Para que el lector comprenda toda la trascendencia de aquel extraño viaje y los motivos que lo habían hecho emprender, nos permitirá que retrocedamos al día 7 de agosto del propio año, y asistirá con nosotros á la sesión que la Sociedad Geográfica Norte americana, sección de Nueva Orleans, celebraba con un interés y afán que raras veces se encuentra en las sesiones académicas ó científicas.

CAPÍTULO PRIMERO.

UNA SESION DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA NORTE AMERICANA, SECCION DE NUEVA ORLEANS.

Así terminaba la memoria que el socio Saunderson Beines leía ante los miembros congregados de la Sociedad Geográfica:

«Eso es, señores, todo cuanto tenía que exponer sobre la situación actual de la Florida. Descubierta en 1512 por Juan Ponce de Leon (1) y definitivamente conquistada por los españoles en 1570, les perteneció con diversas vicisitudes hasta 1819.

«Durante ese largo período ¿qué han hecho de ella? Nada.

«He hablado ya de una insensata expedición de aventureros franceses, de su muerte ignominiosa, y de la jactanciosa venganza que quiso tomar Gourgues, francés y gascon por añadidura, en 1567. Pero ello no basta para que Francia ocupe un lugar en la historia de la Florida.

«Allí, lo mismo que en los demás puntos de América; allí como en el Brasil en la misma época, como en el Canadá algo después, como aquí mismo, en fin, en nuestra Luisiana, los franceses, siguiendo las huellas de otros pueblos, no han tenido el valor, ni la fuerza, ni el talento de sostenerse, y han desaparecido sin dejar en pos de sí ninguna fundación duradera, ningún elemento de población activa, ningún germen de prosperidad.

«En cuanto á los españoles, apenas puedo de-

cir que hayan contribuido mas que los aventureros franceses á la prosperidad de la Florida. Durante los tres siglos que la han dominado, no han hecho nada en ella. Solo algunas poblaciones en las costas, centros donde yacen en la ociosidad esos inútiles criollos que España deja por do quiera: he ahí todo lo que habrá sacado la Florida de esos tres siglos. España, pues, no ha hecho nada. En los veinte y cinco años que la Florida está en la Union norte-americana han ganado mas que en dichos trescientos años, y no se detendrá ya en las vías del progreso.

«Sí, señores: la historia de la Florida datará del día en que entró en nuestra gran confederación, y especialmente del año 1845, en que se elevó á la categoría de uno de sus Estados. Nosotros le hemos dado sus ciudades, hemos fundado los puertos de sus costas, hemos desmontado y roturado las selvas de su parte septentrional; nosotros hemos navegado por sus ríos. ¡Qué digo! nosotros somos los que la hemos descubierto, ó mejor, los que la descubriremos.

«Y aquí, señores, para concluir, vuelvo á la cuestión geográfica.

«La sociedad á que pertenecemos ha prestado inmensos servicios á la ciencia y á nuestra nación. Desde que existe ha marchado sin cesar con los exploradores, con los emigrantes, con los soldados de nuestros ejércitos, con los vapores de nuestros comerciantes. En el norte, en el oeste, en el centro, todo lo ha explorado, todo lo ha visto; ha hecho penetrar en todas partes la luz y ayudado poderosamente la colonización.

«Sin embargo, mucho falta todavía para que nuestro vasto continente nos sea conocido por completo; aun en su parte meridional, donde la sección de Nueva Orleans debe señaladamente trabajar, mas de un punto permanece ignorado á la ciencia. Recien entrados en la Union en su mayor parte, nuestros Estados y territorios del Sud han pertenecido harto tiempo á naciones viejas y gastadas, tales como España y Francia, cuya raza es estéril y carece del espíritu emprendedor, para que dejen de resentirse de tan deletéreos efectos. No debemos asombrarnos, pues, de que la Florida permanezca todavía ignorada.

«Recuérdese lo que he dicho de su parte meridional. Si, saliendo de Jacksonville, remontamos por el San Juan, entramos, á partir del lago Jorge, en vastísimas selvas vírgenes, de cuyo centro sale un caudaloso río, el Kisimí, que se dirige derechamente hacia el Sud. No se ha seguido

(1) La Florida fué descubierta por Sebastián Cabot, en el primer viaje que, acompañado de su padre, hizo al Nuevo Mundo el año 1496, en que tocó al Norte América, si bien no tomó posesión de la tierra que 17 años después Ponce de Leon añadía á las conquistas de España, el Domingo de Ramos. (Nota del Traductor.)

su curso; pero es probable que desemboca en ese misterioso lago Okichobí de que hace poco he hablado.

»El Okichobí, sábana de agua que todos los relatos de los Indios pintan como inmensa, ocupa una gran parte de la Florida meridional, pero la estension de esta parte es, por desgracia, enteramente desconocida. Nadie, señores, nadie excepto algunos indios seminolas, *nadie ha visto las aguas del Okichobí!*

»Partiendo de la costa oriental de la península, costa sana y fértil que es uno de los países mas hermosos de la tierra, se encuentran, pasado el límite de los labrantíos y de las habitaciones, espesas selvas vírgenes, húmedas y cortadas por riachuelos y pantanos, terrenos estraños que designamos con el nombre de *Swamps* y que deben extenderse hasta las orillas del Okichobí.

»Saliendo en cambio por el oeste, ó sea de la costa del golfo de Méjico, hallamos el Gran Cipresal, inmenso bosque de cipreses gigantes cos cuyas raíces que se entrelazan y hunden en infecto lodo, ocultan, segun los relatos, los monstruos mas inverosímiles de la fauna y de la flora tropicales.

»Si se avanza desde el sud, no se tarda en encontrar un terreno mas impracticable todavía, el de las *Evergladas*. La masa enorme de las evergladas debe servir de desagadero al gran lago, al que no deja aproximar ningun hombre, puesto que constituye un compuesto de vegetacion, agna y tierra en partes casi iguales: debe ser una vasta esponja al través de la cual las aguas del Okichobí pasan por infiltracion al mar. Allí no puede vivir hombre ni animal alguno excepto las aves y los reptiles.

»Tales son, señores, los obstáculos que han detenido hasta aquí á los primeros dominadores de la Florida; obstáculos grandes, cumple decirlo, tanto mas en cuanto el terreno próximamente al nivel del mar, se encuentra inundado en un tercio de su superficie varios meses del año.

»Pero, señores, el Norte América tiene la costumbre de no detenerse por nada de cuanto la voluntad humana puede vencer.

»Ahora bien: existen hombres que han visto el Okichobí, que llegan cada dia á sus orillas, y aun mas, las habitan. Ya lo he dicho, señores; esos hombres son los seminolas cuyo nombre recordamos tristemente á causa de la guerra atroz que han hecho á nuestros compatriotas, y se

añade que una de sus tribus lleva el nombre del lago misterioso que nos ocupa.

»No cabe dudar que esa guerra ha terminado: y confío en que dentro breve tiempo los seminolas habrán desaparecido de la faz de la tierra, y nuestros soldados visto el Okichobí. Entónces nos tocará á nosotros el turno; nosotros haremos el periplo, el mapa y por siempre lo conquistaremos en favor de la ciencia, de la civilizacion.

»Para preparar tamaño resultado no hay tiempo que perder. Pido, en consecuencia, que se nombre una comision para que estudie los medios de aprovechar la guerra de la Florida, para el descubrimiento de las partes ignoradas de esa region, y particularmente del Okichobí.»

El señor Saunderson Beines habia empleado una hora larga en leer la memoria sobre la Florida, cuyo final acabamos de trasladar. Depositó un pliego en la mesa presidencial, bajó de la tribuna y fué á sentarse en medio de prolongados aplausos.

Levantóse el presidente y dijo:

—Antes de discutir y votar la proposicion del señor Beines, pido que se le tribute un voto de gracias por la memoria erudita y concienzuda que acabamos de oír.

Reprodujéronse los aplausos que duraron por espacio de dos minutos y se restableció el silencio.

Entonces una voz firme y sonora se alzó aislada y solemne, diciendo:

—¡Protesto!

CAPÍTULO II.

CRIOLLO Y YANKEE.

Nueva Orleans es ciudad de un carácter especial, por cuanto la pueblan dos especies de hombres, que se han agrupado, sin querer nunca confundirse ni mezclarse.

Tiene dos grandes barrios tan enemigos como dos ciudades rivales. Los Españoles que la poseyeron y los franceses que fundaron la Luisiana, habitan el uno. Hijos de la tierra y en su mayor parte de hombres nacidos allí, esos criollos no han podido dejar de guardar fielmente el recuerdo de su patria de origen; y sobre todo han conservado el patriotismo de raza.

Probablemente ninguno de ellos trabajaria para devolver la Luisiana á España ó Francia; pero tampoco hay uno solo que no recuerde con

orgullo el antecesor español ó francés que fundó su familia á orillas del Misisipi.

Puebla el otro barrio una generacion mas reciente que data de la adquisicion que de la Luisiana hicieron los confederados: esta es la poblacion yankee.

Los criollos españoles y franceses, casi todos de noble alcurnia, ricos, terratenientes en su mayor parte, acostumbrados á la vida casi feudal de los grandes propietarios de inmueble en dichos Estados del Sud de la Union, constituyen una sociedad aristocrática, de la cual nada de cuanto existe entre nosotros puede darnos una idea.

Fundadores y por largo tiempo únicos pobladores de la Luisiana, con pena la ven invadida por el elemento yankee, industrioso, plebeyo, aventurero, que con el comercio ó el trabajo funda una riqueza rival de la suya y mas rápidamente progresiva.

Casi nunca hay mezcla ni enlace entre gentes de ambos partidos; apenas siquiera se ven. Se odian, se envidian, se desprecian; el yankee por orgullo de conquistador y por la conciencia que tiene de su pujanza y fuerza, el criollo por altivez de raza y por el coraje de ver invadida cada vez mas su tierra sin ninguna oposicion posible.

Las relaciones mas frecuentes entre los jóvenes de ambas razas son los desafios, y cada dia se efectua alguno. Pero hay la diferencia de que en aquel magnífico pais de América no sucede como aquí: los luisianos se baten á carabina limpio á veinte y cinco, treinta ó cincuenta pasos de distancia, y el *ofensor* tira primero.

Diríase que se ha imaginado todo al objeto de hacer mortales esos lances y multiplicar esta lúgubre inscripcion que llena los dos cementerios, el católico lo mismo que el protestante: «Fulano de Tal, de veinte años de edad, víctima del honor.»

Quien sepa todo eso no se admirará de que se viese con sorpresa á uno de los jóvenes mas distinguidos de la poblacion criolla, don Julian del Meril, inscribirse en el número de miembros de la *Sociedad Geográfica Norte-americana*, seccion de Nueva Orleans.

Inútil es decir que la raza criolla vive en lo concerniente á las cosas científicas en una inmovilidad muy cercana de la ignorancia. Todo el desarrollo intelectual está, digámoslo así, acaparado por los yankees; pero apresurémonos á manifestar que ese acaparamiento nada tiene de literario ni poético; es tan solo científico y práctico

como compete al instinto positivista de los anglosajones.

De manera, pues, que esta seccion luisiana de la gran sociedad norte-americana no contenia mas que yankees cuando don Julian del Meril ingresó en ella.

No dejó de producir sensacion entre la gente de su raza y de su partido una anomalía semejante. Ningun criollo podia alabarse de tener mejor alcurnia; pues su padre descendia de una de las ramas mas ilustres de la nobleza castellana y su madre de linaje no menos preclaro. Nadie poseia mas tierras y negros. Nadie, en fin, tenia mayores motivos de ser enemigo del bando contrario, por cuanto podia citar cinco ó seis parientes muertos en desaffo, y su padre habia muerto, segun se murmuraba, de cierta cuchillada recibida no se sabe como, mas de la cual se acusó sucesivamente á los numerosos enemigos personales que el antiguo propietario contaba entre los yankees.

Sin embargo, pronto se perdonó á don Julian el paso que habia dado, porque se adquirió la costumbre de verle proceder en todo muy diversamente de los demás. Educado en Europa en los mejores colegios y universidades, volvió á su patria con los hábitos mas opuestos á la vida indolente, insignificante y casi vegetal de los criollos.

Apasionado á las ciencias sociales, leía, estudiaba: poseia á fondo la geografía, la historia, la economía política, cuando sus compatriotas mas instruidos no tenian de ellas quizás la mas somera idea. Apenas parecia ocuparse de la administracion de su hacienda que puesta en buen orden por su padre, parecia marchar bien por sí sola: se le consideraba completamente absorbido por los estudios.

Las grandes noticias que agitaban á toda la gente criolla, como el famoso duelo de don Juan Palmero con Samuel Patridge, ó la ruina de la casa Bounier acarreada por la otra de Johnson Coleman and C.^o, ó el triunfo de Adams, nombrado gobernador del Estado en vez de Valnegre, no le importaban al parecer poco ni mucho.

No se le conocia ninguno de esos ódios implacables que allí se perpetuan de padres á hijos como una vendetta italiana, y aunque tuviese cerca de veinte y seis años, no habia tenido todavia ningun desaffo.

Por ello los jóvenes hablando de él, solian decir:

—Oh! don Julian! Dios le entiende y él se en-

tiende. Nunca hace las cosas como los demás.

A lo cual replicaban á veces los maldicientes:

—No importa: su padre tenía mas sangre en las venas.

Con todo, el que hubiese visto al señor del Meril, jóven, alto, esbelto, vigoroso, bien formado, no habria podido considerarlo como descendiente degenerado de una raza fuerte. Su cabello, negro como sus ojos brillantes é inteligentes, y su fisonomía franca y resuelta le daban el aspecto de un hombre de accion mejor que de un aficionado al estudio; ó á lo menos se comprendia que para él debia ser el estudio una preparacion á la actividad.

En aquellos miembros nervudos aunque finos y flexibles como los de los españoles de América, bajo aquel aspecto tranquilo y firme, la sangre, la buena sangre, la *sangre azul*, como dice todavía el orgullo y la preocupacion, no podía faltar ni ser ardiente. Por eso el anciano Loboja cuando veia pasar por delante de su casa al jóven Meril en direccion á la Sociedad Geográfica, nunca se olvidaba de murmurar:

—Esto acabará con un trueno.

El anciano pasaba por hombre esperto y avisado.

Ahora bien: ese jóven don Julian del Meril era el que habia interrumpido la expansion que celebraba la memoria acabada de leer, con esta enérgica palabra:

—¡Protesto!

CAPÍTULO III.

EL DESAFÍO.

Al oírse tan inesperada palabra se levantó un tumulto de voces en la sala. Este se alzaba de su asiento, aquel gritaba, los otros amenazaban y los mas quietos se removian murmurando ó hablando con los que tenian mas cerca.

Entre tanto el señor del Meril que habia dejado su asiento, se acercó al presidente, pidió la palabra, y subió á la tribuna con la mayor tranquilidad del mundo.

Por fin, se restableció el silencio.

—Señores, dijo don Julian, he protestado, no contra la exposicion que el señor Beines ha hecho sobre el estado geográfico de las Floridas; tampoco contra las consecuencias que pretende deducir y que prometen á nuestra Sociedad la gloria de descubrir la region ignorada, sino contra

las espresiones injustas que ha proferido hablando de España y de Francia...

Interrumpió al orador un ruido bastante fuerte, y el señor Beines se levantó.

—Los franceses que capitaneaba Domingo de Gourgues no eran aventureros; eran bravos patriotas que iban á vengar á sus hermanos muertos por una causa que es la de la mayor parte de vosotros, la causa de la religion protestante. Y los que intentaban vengar eran los compañeros de Renato de Laudonniere, todos colonos honrados ó valerosos caballeros. En cuanto á España, el señor Beines no debia haber hablado de ella en los términos que ha empleado, aun que vosotros hubieseis conquistado la Florida; que bien sabe él, como todos nosotros, que la comprásteis...

Aquí el ruido se convirtió en tumulto: de todas partes se alzaban protestas, gritos y vociferaciones. El señor Beines avanzó uno ó dos pasos hácia la tribuna, á tiempo que el presidente reclamó el silencio, y con áspera voz dijo al orador:

—No esperaba yo que un ciudadano de los Estados-Unidos profiriese semejantes palabras.

—¡Ciudadano de los Estados-Unidos!.... ¿eh? Pues lo soy tanto como el primero,—esclamó el jóven del Meril;—toda vez que yo nací en esta ciudad. Pero yo salí de sangre española; descendiendo de la raza que el señor Beines ha insultado, y no puedo tolerar palabras como las que ha dicho. Y no es cabalmente en la Luisiana, fundada por Francia y España; no es en esta ciudad que habitan por mitad españoles y franceses, donde se tiene el derecho de hablar ligeramente de España ó de Francia. El que no tenga sangre de esos dos pueblos en sus venas no es mas que un extranjero en la Luisiana. Haga que lo acepten como huésped, mas que no se dé los humos de un conquistador insolente y burlon: nosotros no toleramos la conquista...

—Sin embargo,—dijo una voz con sorna é irritacion;—los Estados-Unidos la conquistaron.

—Es falso;—replicó con entereza el español:—la compraron en 1803 por 16 millones de duros á la Francia.

Esta vez de toda la muchedumbre no salió mas que un grito; pero grito inmenso de coraje, grito formidable.

El señor Beines, que parecia atacado de un furor mas terrible que los demás, saltó de su asiento, se encaminó precipitado hácia el orador, con los ojos desencajados y saltándole de las órbitas,

echando espumarajos, y encendido el color del rostro como si le hubiese dado un ataque apoplético.

Así avanzaba iracundo y fiero con el brazo izquierdo estendido y mostrando apretado el puño á su enemigo, con la mano derecha en el bolsillo



Carlos Gounod.

de su chaqueton, cuyo ademan hacia mas terrible la actitud provocadora del yankee.

Mas cuando llegó al pié de la tribuna se paró de repente: el español empuñaba un revólver y apuntaba á la cabeza de su contrario con gran

calma y sangre fria, altivo, sereno, sin proferir una sola palabra.

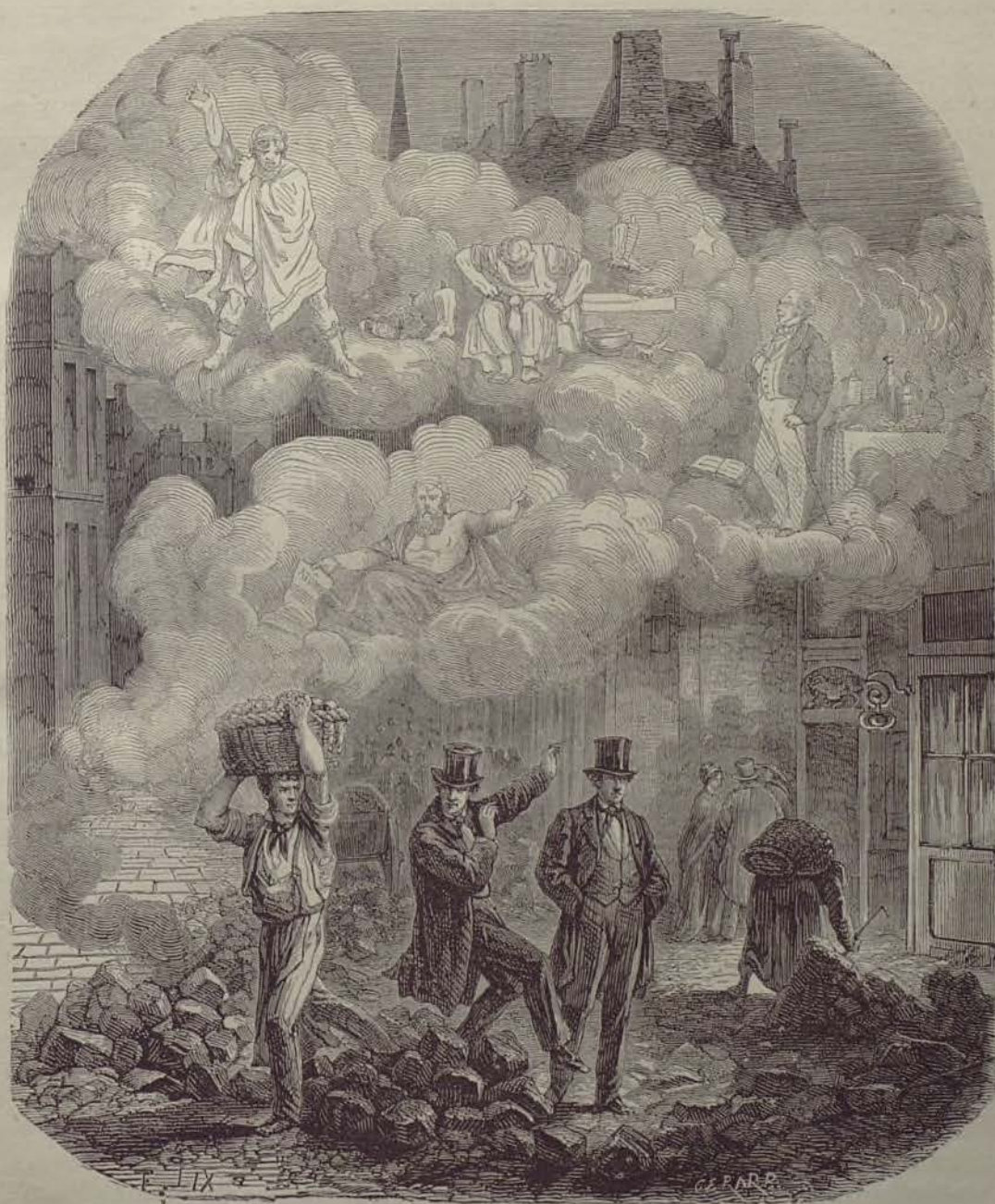
(Se continuará.)



EDGARDO POE Y SUS OBRAS.

POR

JULIO VERNE.



Sucesion de ideas.

CAPÍTULO PRIMERO.

Escuela de lo extraño.—Edgardo Poe y Baudelaire.—Miserable existencia del novelista.—Su muerte.—Ana Radcliff, Hoffman y Poe.—*Historias extraordinarias*.—Doble asesinato en la calle de la *Morgue*.—Curiosa asociación de ideas.—Interrogatorio de los testigos.—El autor del crimen.—El marino maltés.

Voy á presentaros, caros lectores, un novelista americano de envidiable fama, á quien muchos sin duda conocereis de nombre, pero pocos por sus escritos.

Permitidme, por lo tanto, hablaros de ese hombre célebre y de sus obras; que ambos ocupan

un lugar importantísimo en la historia de la imaginación.

Edgardo Poe ha creado un género especial, distinto, que procede únicamente de sí solo, y del cual me parece que se ha llevado, al morir, el secreto.

Se le puede llamar *maestro de la escuela de lo extraño*; pues ha hecho retroceder los límites de lo imposible, y tendrá imitadores ó discípulos.

Estos intentarán ir mas adelante que él, exagerando su género; pero mas de uno creará aventajarle, que ni siquiera le igualará.

Ante todo debo manifestar que un crítico francés, Carlos Baudelaire, ha escrito al frente de la traduccion de las obras de Edgardo Poe, un prefacio, tan extraño como el texto del autor.

Quizás este prólogo necesitaria á su vez algunos comentarios esplicativos, para la inteligencia de todo el mundo.

Sea como fuere, se ha hablado mucho de él en el mundo literario; ha causado sensacion, y no sin motivo. Carlos Baudelaire era digno de comentar y esplicar al autor americano, y no deseo al autor francés otro comentador de sus obras presentes y futuras que un nuevo Edgardo Poe.

Ambos nacieron para comprenderse; lo cual quiere decir que la traduccion del señor Baudelaire es excelente, tanto, que me sirvo de ella para los pasajes citados en el presente estudio.

No intentaré esplicaros lo inesplicable, lo incomprendible, lo imposible que ha dado á luz la imaginación de un hombre que á veces llevaba su fantasía hasta el delirio.

Pero paso á paso seguiremos á Poe; os daré cuenta ó idea de sus curiosas novelas, con muchas citas; os manifestaré como procede, y en que punto sensible de la humanidad toca, para deducir los mas extraños efectos y resultados.

Nació Edgardo Poe el año de 1813 en Baltimore, en América, en medio de la nacion mas positivista de la tierra.

Su familia, colocada desde mucho tiempo en brillante posicion, degeneró extraordinariamente, en fortuna, hasta llegar al famoso novelista.

Si su abuelo se hizo ilustre durante la guerra de la independencia Norte-Americana, siendo primer jefe del Estado mayor de La Fayette, su padre murió siendo un miserable comediante en la mas completa pobreza y necesidad.

Un tal Allan, comerciante de Baltimore, adoptó al joven Edgardo, y lo mandó á viajar por Inglaterra, Irlanda y Escocia.

Parece que no visitó Edgardo Poe á París, de cuya ciudad describe inexactamente algunas calles en una de sus novelas.

De regreso á su patria en 1822, continuó sus estudios en Richmond, demostrando singular aptitud para la física y las matemáticas.

Su relajada conducta hizo que lo despidieran de la universidad de Charlottesville y de su familia adoptiva.

Embarcóse entonces para Europa y marchó á Grecia en el momento de aquella guerra que no parece haberse hecho mas que para mayor gloria de lord Byron.

De paso haremos notar que Poe era un buen nadador como el famoso poeta inglés, sin que intentemos sacar ninguna consecuencia de esa igualdad de aptitudes físicas en ambos escritores.

Pasó Edgardo Poe de Grecia á Rusia, donde llegó hasta Petersburgo, hallándose comprometido en ciertos asuntos, cuyo secreto no nos ha sido dable conocer, y volvió al Norte América, donde entró en una escuela militar.

Su carácter díscolo é indisciplinable hizo que lo espulsaran pronto de ella, y entonces probó los sinsabores de la miseria, y de la miseria norte-americana, que es la mas espantosa de las indigencias.

Para poder vivir se ocupó en algunos trabajos literarios; pero por fortuna ganó dos premios fundados por una Revista, uno para el mejor cuento y otro para el mejor poema.

Desde aquel momento comenzó á elevarse del estado miserable en que se arrastraba y pronto llegó á ser director del *Southern literary Messenger*.

Merced á la acogida de sus artículos, el periódico fué prosperando, de lo cual resultó una especie de comodidad facticia para el novelista, que se casó con su prima Virginia Cemm.

Dos años despues riñe con el propietario de su periódico, debiendo decirse en honor de la verdad que el desgraciado Poe pedía á menudo á la embriaguez del aguardiente sus mas extrañas inspiraciones.

Entre tanto su salud se alteraba poco á poco... Pasemos de prisa por esos momentos de miseria, de luchas y buenos éxitos, de esperanzas y desesperaciones del novelista, sostenido por su mujer y mayormente por su suegra, que lo amó como á un hijo hasta mas allá de la tumba, y digamos que á consecuencia de una larga sesion en una taberna de Baltimore, el 6 de octubre de

1849, se encontró un hombre tendido en medio de la vía pública: era Edgardo Poe.

El infeliz todavía respiraba, y fué trasladado al hospital donde se apoderó de él el *delirium tremens* (convulsiones con delirio á causa de fuerte embriaguez), y murió al día siguiente cuando apenas contaba la edad de treinta y seis años.

Tal es la vida del hombre indicada á grandes rasgos; veamos ahora sus obras.

Dejaré á un lado al periodista, al filósofo, al crítico, para detenerme en el novelista.

Con efecto, en la novela, en la historia, en el cuento es donde se desarrolla toda la extraña originalidad del génio de Edgardo Poe.

No ha faltado quien le comparára con dos escritores de fama europea, la inglesa Ana Radcliff, y el alemán Hoffmann; pero Ana Radcliff ha explotado el *género terrible*, que se explica siempre por causas naturales, y Hoffmann ha escrito fantástico puro, que ninguna razon física puede abonar ó apoyar.

No sucede lo mismo con Edgardo Poe, cuyos personajes pueden existir en rigor; pues son eminentemente humanos, dotados, empero, de una sensibilidad nerviosísima, sobreescitada; individuos excepcionales, galvanizados por decirlo así, como sucedería con personas sometidas á la respiración de un aire muy cargado de oxígeno y cuya vida no fuese mas que una activa combustion.

Si los personajes de Edgardo Poe no son locos, han de serlo con el tiempo forzosamente por haber abusado de su cerebro, como otros abusan de los licores fuertes; llevan hasta un límite extremo el espíritu de reflexion y de deducción; son los mas terribles analistas que conozco, que partiendo de un hecho insignificante llegan á la verdad absoluta.

Procuro definirlos, pintarlos, delinearlos; mas no lo consigo; porque escapan á la facultad del pincel, del compás, de la definicion.

Es preferible, de consiguiente, caros lectores, presentarlos en el ejercicio de sus funciones casi sobre humanas, como voy á efectuar.

De las obras de Edgardo Poe, poseemos dos tomos de *Historias extraordinarias*, traducidas por Carlos Baudelaire; los *Cuentos inéditos*, traducidos por Guillermo Hughes, y una novela titulada *Aventuras de Arturo Gordon Pym*.

Voy á entresacar de esos diversos libros los asuntos mas dignos de avivar vuestro interés, y lo lograré sin trabajo, puesto que la mayor parte

del tiempo dejaré á Edgardo Poe hablar por sí propio.

Tened, pues, la amabilidad de escucharle con entera confianza.

Quiero ante todo ofreceros tres novelas, en las que el espíritu de análisis y de deducción alcanza los últimos límites de la inteligencia.

Tales son el *Doble asesinato de la calle de Morgue*, *La Carta robada*, y el *Escarabajo de oro*.

Veamos ahora la primera de esas historias, y de que manera prepara Edgardo Poe el ánimo del lector á ese extraordinario relato.

(Se continuará.)

GALERIA DE CELEBRIDADES.

CÁRLOS GOUNOD.

APUNTES BIOGRÁFICOS

RECOGIDOS

POR

FRANCISCO NACENTE.

Pocos son los hombres que habiéndose labrado rápida y universal reputacion han sido menos celebrados por los escritores que Carlos Gounod.

El célebre compositor que ha logrado hacer sentir tan vivas emociones con sus inspiradas armonías y con sus cantos patéticos, ha sido respetado mas que otros por la severidad de la censura, así como menos ensalzado que algunos que han conseguido inmerecidos elogios.

¿A qué debemos atribuir semejante fenómeno, en una época en que apenas brilla una notabilidad cualquiera, los críticos de oficio y los verdaderamente biógrafos van á caza de noticias y datos para trazar algunas líneas que puedan despertar interés cuando menos por la novedad?

Quizás consista esa particularidad en la circunstancia de haberse ofrecido Gounod bajo un punto de vista enteramente original, y por tanto fuera de los caminos trillados que la generalidad de los estéticos conoce y estudia.

En efecto, el compositor que nos ocupa, el autor del *Fausto*, reviste originalidad envidiable, originalidad que hace sentir dulcemente, que parece haber descubierto fibras nuevas en las cuerdas del sentimiento artístico.

Creemos, pues, que Gounod debe estar de enhorabuena con haber logrado el silencio que

en general se ha formado en lo concerniente á sus originales obras y composiciones musicales.

Porque es mas glorioso para un compositor oír resonar los cánticos que su inspiracion ha creado, ver popularizada su música, que leer las discusiones que sobre sus gustos ó ideas estéticas pretenda entablar la crítica mas ó menos severa, pero en la mayoría de los casos mortificante y casi siempre injusta.

No se compone la música para fundar un sistema, para propagar una creencia, una doctrina, sino para conmover el corazón, para despertar dulces y gratas emociones en el alma, para agradar al que escucha.

Sin embargo, nosotros vamos á consagrar algunas líneas de admiracion y respeto al gran poeta de la armonía, no con ánimo de crítica, sino con propósitos de trazar en corto espacio los rasgos biográficos del génio mas conocido y popular por los acordes de su lira, que por las bellas y grandes qualidades que adornan su vasto y vario talento.

Francisco Cárlos Gounod nació en París el 17 de Junio de 1818.

Desde sus mas tiernos años se dedicó con afán é inspiracion al estudio de la música, siendo uno de los discípulos mas aplicados y distinguidos del Conservatorio de aquella capital y quizá el predilecto de los aventajados profesores Lesueur y Halevy.

Tanto, con efecto, se distinguió aprovechándose de las lecciones que le daban esos dos maestros, y tan sobresaliente era su ingenio artístico, que á los veinte y dos años escasos ganó el gran premio que le daba opcion al pensionado de Roma por el Instituto musical de París, y marchó á la ciudad eterna, donde se consagró casi exclusivamente á la composicion de la música religiosa.

En aquella capital del mundo cristiano, fuente de inspiracion para todo génio artístico, se desarrolló el talento de Gounod, acabó de formarse el hombre y completarse el artista.

Demostró el jóven maestro ser un génio reflexivo, delicado, culto, ferviente partidario de sendas nuevas en su carrera y sumamente sensible á la poesia de lo bello y sublime.

Su fervor por lo nuevo, por lo original, se contiene, empero, con el respeto que tiene á lo que ama, de modo que podrían sus inspiraciones calificarse de aspiraciones al ideal que le absorbe todos los sentimientos y le atrae todas las pasiones.

El artista que ama ardientemente con el amor poético, con el amor casto que eleva la pasión á las sublimidades del sentimiento, es el poeta que canta los amores del corazón apartándose del amor de los sentidos; y por ello la voluptuosidad de sus cantos penetra hasta los repliegues mas recónditos del alma, á pesar de que muchas veces al principio no deleiten tanto como los arranques del sensualismo, ó no se comprendan por su misma originalidad.

Así sucede con el *Fausto*, obra que por si sola hará inmortal el nombre de Gounod: allí hay la pasión del amor con la castidad del corazón.

(Se continuará.)

CIENCIA FAMILIAR.

LLUVIA Y BUEN TIEMPO.

POR

ARTURO MANGIN.

CAPÍTULO PRIMERO.

Departir mano á mano.—Vulgaridades.—La lluvia y el buen tiempo.—Entre ingleses.—Entre franceses.—Moraleja, segun las mujeres.—Los fenómenos de la atmósfera y la meteorología.—Ciencia y preciencia.—Coronamiento del edificio.—Conferencia improvisada.—La atmósfera.—El aire y la luz.—No hay cielo.—El aire y el calor.—El vapor de agua.—El sol y la luna.—Instrumentos meteorológicos.—Las veletas.—Los vientos.—El viento, aguador.

Uno de esos últimos jueves llegué entre ocho y nueve de la noche á casa de la señora X... donde en dicho día se celebran reuniones.

Era temprano todavía, y hacia un tiempo de mil dianres, lo cual hizo que no me sorprendiera encontrar sola á dicha señora.

Las veladas que en sus salones daba no solamente eran muy frecuentadas, sino que además se solicitaba mucho ser admitido en ellas.

Pero debo apresurarme á decir que la causa que atraía á tantos á las reuniones de aquella dama, no era la hermosura de ella, ni su juventud, ni su riqueza, ni su calidad de viuda, aunque no era fea, vieja, ni pobre.

Habia pasado de la edad de la coquetería, y era cosa sabida que estaba resuelta á no volverse á casar.

No se bailaba en su casa, á lo menos los jueves, y aun se jugaba menos, á pesar de que tales

objetos suelen ser los móviles que inducen á frecuentar tantas otras reuniones.

Cuando el caso se ofrecia, se daba allí algun concierto musical; pero especialmente se hablaba de todo... menos de las cosas vulgares.

La señora X... profesa gran aversion á hablar de vulgaridades, de la cual participan sus numerosos contertulios.

Hablad en su casa de literatura, arte, política, moral; hablad de ciencia ó filosofía, y se os escuchará, no faltando quien os dé el placer de empeñar una discusion.

Mas si tales puntos no os interesan, si vuestro ánimo se halla únicamente preocupado por asuntos particulares, propios ó extraños, por bailes, tocados, adornos, galas, carreras, cacerías, creedme, no os hagais presentar en casa de la señora X...; os aburririais allí.

—Es usted muy valeroso,—me dijo,—viniedo con un tiempo tan malo; y se arriesga usted á tener que departir mano á mano conmigo, pudiendo esa conversacion prolongarse hasta hora muy avanzada, puesto que no le dejaré salir mientras dure esta fastidiosa lluvia.

—Cuidadito, señora,—le repliqué:—si la lluvia durase toda la noche...

—¿Usted cree que será tan?...

—Podria ser.

—Pero en fin, ¿qué le parece á usted?

—No es imposible.

—Y mañana ¿tendremos todavía este mal tiempo?

—No me estrañaria.

—Me tiene usted en áscuas: cabalmente mañana tengo que hacer algunas visitas. ¿Tendré que aplazarlas?

—Segun se presente...

—Vamos! ahora estamos representando una escena del *Casamiento por fuerza*. Usted ha tomado el papel del doctor Marforio, y se burla de mí.

—Oh! señora...

—No, no haga usted protestas. Es el justo castigo de mi necesidad. Eso me enseñará á hablar de la lluvia y del buen tiempo.

—¿Y por qué, señora, no hablar de ello como de cualquier otra cosa?

—Porque usted y yo tenemos horror á las vulgaridades, y este tema lo es por excelencia; es el eterno y mísero recurso de los pobres de espíritu.

—Verdad es, señora; pero dice un refran: «No es nécio el oficio, que es nécio el novicio.»

—Refran discutible.

—Muy discutible; abundo en la opinion de

usted, y por ello lo parafraseo y digo: «No es nécio un tema de conversacion; puede serlo la gente que lo trata,» y añado que hay usos mas nécios aun; como el que nos obliga con harta frecuencia á hablar con personas á quienes nada tenemos que decir. Se encuentran dos ingleses en la calle; no se paran, que el tiempo para ellos es dinero, *time is money*; no se descubren la cabeza, su sombrero está tan pegado al cráneo como su cabello, cuando tienen cabello. Se saludan con un signo de mano, y se arrojan desde una á otra acera estas palabras:

—«*Fine weather* (buen tiempo!)

—«*Beautiful, indeed* (bueno, en verdad!)

O bien:

—«*Bad weather* (mal tiempo!)

—«*Very bad, yes indeed* (muy malo, á fe!)

Y siguen de largo.

Se encuentran dos franceses. Se acercan, se saludan, y podrian limitarse á eso... pero los franceses siempre tienen un rato en disposicion de perder, y la cortesía exige que se dirijan y contesten algunas frases:

—«¿Qué dice usted de este tiempo?

—«Hum! temo que no se nos pasa el día sin que tengamos lluvia.

—«¿Lo cree usted así?

—«Vaya!...

—«Hace mucho calor!

—«Un tiempo bochornoso... y hasta malsano.

—«La verdad, es muy mala la estacion.

—«En efecto, no se ha presentado benigna hasta ahora.

—«Tengo la confianza de que cambiará... mañana entramos en luna nueva...

—«Ah! ¿sí? pues mejor!... eal hasta la vista!

—«Adios; hasta mas ver!... Muchas cosas á la familia.

—«Gracias, igualmente á la suya.»

Algunas veces se prolonga tan interesante conversacion, y se habla del polvo ó del lodo, de la influencia del tiempo sobre las cosechas, de la *luna de abril* que *abrassa* las plantas, de la insólita duracion del invierno ó de la brevedad del verano, de los días que se hacen mas largos, ó que van siendo mas cortos, y otras zarandajas por el estilo.

Una vez en su casa, uno de los interlocutores dice á su mujer:

—«¿Sabes á quien he encontrado? A Fulano.

—«Ah! ¿y qué dice de nuevo?

—«No me ha dicho nada.

—¿Cómo! ¿no te ha hablado del baile de la señora A?...

—No!

—¿Ni del casamiento de la señorita B?...

—Tampoco.

—¿Pues de qué habeis hablado?

—No sé... de la lluvia y del tiempo.»

El otro personaje hace á su esposa una relacion enteramente igual.

De donde infieren ambas damas «que los hombres nunca saben nada.»

Y tienen razon.

Si ellas se hubieran encontrado, en lugar de ocuparse del frio y del calor, de la lluvia y del viento, habrian hablado del baile de la señora A..., del casamiento de la jóven B..., de las reuniones de la señora C... y se habrian comunicado recíprocamente, con respecto á tales acontecimientos, una infinidad de cosas que luego hubieran contado á sus maridos con todos sus pormenores.

Hemos de confesar que las mujeres tienen gran ventaja sobre nosotros, de lo que deberíamos estarles mas agradecidos si fuésemos menos ingratos.

(Se continuará.)

ANA SEVERIN,

POR

Mme. CRAVEN.

(Dos veces premiada por la Academia francesa.)

TRADUCIDA DE LA 11.^a EDICION.

A LADY GEORGIANA FULLERTON.

Querida Lady Georgiana:

Estas páginas fueron empezadas en la época, en que el predilecto y largo trabajo de mi vida, estaba suspendido, cuando yo tenía necesidad de distraerme de él y de olvidarlo en cierto modo, con el fin de recobrar fuerzas para proseguirlo y acabarlo.

Entonces fué, cuando, por vuestros consejos, empecé á componer esta historia, y hoy que está terminada, quiero tener la dicha de ponerla bajo la proteccion de vuestro nombre.

Este nombre trae á la memoria un gran número de obras deliciosas, cuyo recuerdo podría dañar, en verdad, á la que se produce hoy bajo vuestros auspicios. Sin embargo, un mismo pensamiento las anima: el de conciliar el gusto de la

juventud por las ficciones con la repulsion hacia los malos libros, que debería ser atributo de todas las edades

En vuestra patria, que ha llegado á ser la mia, se encuentra más de una novela que se puede leer, no solamente sin perjudicarse, sino con fruto.

Yo apelo aquí á los recuerdos (conservados entre los mejores de mi juventud), que evocan los nombres de Miss Austen, de Miss Edgeworth, de Walter Scott, y de tantos otros, que los han seguido entonces y despues, entre los cuales el vuestro brilla hoy con un dulce y puro esplendor.

Ninguna obra de los novelistas franceses tiene este carácter: la mayoría de los autores se asombrarían ellos mismos si les dijeseis no solamente que han entretenido y cautivado á sus lectores, sino que además les han hecho algun bien. Esta pretension no es la suya: los que más los admiran, se limitan, en este punto, á decir que no les hacen mal, como las gentes acostumbradas á los licores fuertes, dicen que saben beber con exceso, sin embriagarse.

No obstante, á pesar del atractivo del talento y á veces aun del esplendor del génio, al lado del público que devora sus obras, se encuentra otro que aceptaría gustoso un alimento más sencillo y más sano, á juzgar por el afan con que se traducen las novelas inglesas, y por el gran número de lectores que encuentran en Francia. ¿Podrá esperar igual fortuna un libro del mismo género sin ser una traduccion? No lo sé; pero, en todo caso, sería preciso para esto poseer un talento que manifestamente no poseo en igual grado.

Este ensayo no tiene, pues, más pretension, á la manera de la débil arista llevada por el viento, que la de ser inmediatamente seguido por otros en la direccion que indica, y desaparecer luego cayendo en el olvido.

Cava (cerca de Salerno), 31 de Octubre de 1866.

PRIMERA PARTE.

EL MARQUÉS DE VILLIERS.

I.

A principios del siglo actual, (treinta años antes de la época en que pasa la accion principal de esta historia), un gran número de individuos se encontraban reunidos, cierta noche, en una vas-

ta sala, alumbrada por una lámpara suspendida del techo, y en la que no había más muebles que una mesa redonda, cargada de papeles.

Esta reunión formaba un caprichoso conjunto, en el cual jóvenes y ancianos, ricos y pobres, aldeanos y grandes señores estaban confundidos: entre ellos se distinguían algunas de esas figuras sospechosas, que se adhieren á todas las causas, buenas ó malas, cuando necesitan acogerse á su sombra. En medio de ellos uno solo permanecía con el sombrero puesto, y parecía objeto de cierta deferencia, que, sin embargo, no se notaba más que en algunos por esa actitud indefinible, que á pesar de la mayor familiaridad, jamás abandona á los verdaderos grandes señores en presencia de un príncipe. Los otros suelen mostrarse casi siempre ó más obsequiosos, ó más indiferentes.

No era, sin embargo, este personaje el que más á menudo atraía las miradas de la concurrencia, sino un hombre de elevada estatura, que se hallaba en aquel momento medio oculto por la cortina de una ventana, en cuyo hueco se había retirado para leer un papel que tenía en la mano.

Durante algunos minutos, no se había abierto la puerta: los últimos que llegaron se calentaban á un fuego de carbon de piedra (pues la acción pasaba en Londres, y aunque no era más que á últimos de agosto, la noche estaba fría y lluviosa); los otros conversaban en grupos, alzando á veces la voz; pero en seguida la bajaban, advertidos por la señal de alguno de los concurrentes: entonces no se oía más que el murmullo ininteligible de palabras cambiadas en voz baja, á los que acompañaban miradas frecuentes, dirigidas hacia la ventana.

A las diez y media, la puerta, que había estado cerrada por espacio de un cuarto de hora, se abrió otra vez sin el menor ruido, dando paso á un joven, que se introdujo sin ser casi notado hasta el hogar. Despues de haber sacudido el agua que inundaba su sombrero, se colocó un instante cerca del fuego, cuyo resplandor iluminó entonces unas facciones tan finas, que hubieran podido tomarse por las de una mujer, si un bigote rubio y la expresión atrevida de sus grandes ojos azules no hubiesen dado á esta hermosa figura un aire singularmente marcial.

Despues de haberse calentado un instante, el recién venido levantó la cabeza, y se encontró con la mirada de un personaje de cuarenta años,

que estaba en pie junto á él. Esta mirada era noble y severa; pero se volvió sombría, y un destello de malevolencia, y hasta de odio, cruzó el rostro de aquel personaje, cuando el que acababa de entrar le tendió la mano. El joven no lo advirtió.

(Traducción de Emilio Orellana.)

(Se continuará.)

JARDINERÍA DE SALON.

PRÓLOGO.

¿Habrà álguien que no le agraden las flores ni aspire á tenerlas y cultivarlas, cuando menos en pequeña escala?

Nadie absolutamente; porque semejante gusto es uno de los que dan mayor suma de placeres inocentes y puros.

Por desgracia muchas personas se sienten apasionadas por las flores, y no pueden satisfacer esa inofensiva pasión.

Ved si no á este caballero, que agobiado por el peso de los negocios, peso con frecuencia exorbitante, no puede en modo alguno vivir en el campo y recrearse con los goces que Flora prodiga á manos llenas.

Ved si no á la elegante y sensible dama que en la necesidad de cuidar de la educación de sus hermosos hijos, se ve obligada á vivir en la ciudad.

Y otros, en fin, á quienes agradan las flores, se hallan precisados á llevar una vida sedentaria, porque les falta el primero y principal bien; la salud.

En otro tiempo había en el interior ó inmediato á las grandes ciudades algo que se parecía al campo, pues se veían en ellas vastos jardines que embalsamaban el ambiente en ciertos espacios.

Pero la apertura de una calle en el casco de la ciudad, la urbanización de nuevos barrios ó arrabales en las cercanías, han destruido numerosas áreas que se hallaban cuajadas de flores.

Ahora el suelo en que se ostentaban aquellos jardines ha tomado tal valor que se vende á tanto el centímetro cuadrado, como *terreno para edificar*.

Todas las grandes capitales que necesitan mas espacio para desenvolverse y desarrollarse han estrechado, permítase la frase, el campo que les daba mayor vida.

Paris, Berlin, Madrid, Petersburgo, Barcelona y otras y otras han plantado grandes edificios

allí donde antes se aspiraban los balsámicos aromas de las flores y plantas.

Y las poblaciones de importancia en vías de aumento dejarán pronto de tener en su recinto un solo jardín grande ó pequeño, que la flor retrocede en presencia del sillar.

Mas por fortuna no es siempre indispensable tener un jardín de más ó menos estension para tener flores y plantas disfrutando del apacible goce que dan los cuidados que á ellas se consagran y la observación de las diversas fases de su desarrollo.

Te hallas, por ejemplo, discreta lectora, recién salida de una enfermedad grave, retenida en tu aposento por una larga convalecencia, que nada ni nadie puede abreviar como no sean los goces tranquilos del espíritu.

¿Cuánto darías entonces para poder solazarte con el cuidado de algunas plantas que te recompensasen con la sonrisa de una florecita que se abre, con el crecimiento rápido de un tallo elegante que te saluda, cimbreando su flexibilidad?

Pero aunque entonces tuvieras un verdadero jardín, no podrías admirarlo sino de lejos, á través de los cristales de tu aposento, y sentirías como nunca todo el valor de un *jardincito de salon*, que podrías cambiar á tu antojo dándole la mayor variedad sin admitir otras flores y plantas que las que por su olor suave ó nulo no pudiesen incomodarte.

¿Ha comenzado tu reclusion forzosa en el florido mayo, cuando los jardines ofrecen tanto interés? No importa. Puedes formarte un jardín.

¿Te priva la fortuna del lujo poco dispendioso de una jardinera de salon? Tampoco importa. Puedes tener hermosas plantas y flores que solo exigen algunas macetas, y aun sin vasijas ni tierra puedes gozarte en el cultivo de plantas y flores.

Para que se comprenda mejor la importancia de las observaciones que comprende la *Jardinera*

de salon, y para que se vea que no exajeramos en lo que últimamente decimos, vamos á señalar algunas vejetaciones que mas por estenso describiremos luego por orden.

¿Quieres tener, curiosa lectora, un número de plantas frondosas, hermosísimas, como no las verás mas elegantes y bonitas en el jardín mas lujoso?

(Arreglada al español por F. N.)

(Se continuará.)

SECRETOS DE TOCADOR.

Pomada para blanquear las manos.—Se necesitan minuciosas precauciones para conservar por largo tiempo la mano bonita. Para tenerlas blancas hágase uso de la siguiente pomada:

Borrax.. . 4 gramos.

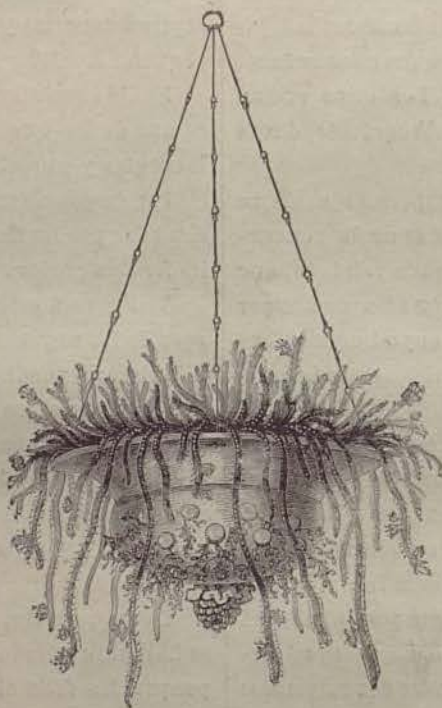
Sal gris. . 4 —

Alumbre. . 4 —

Seis claras de huevo. Zumo de dos limones.

Disuélvanse las sales con el zumo de limon, añádanse las claras de huevo, mézclese y hágase cocer sobre ceniza caliente, removiéndolo con una espátula hasta que se espese.

Preparacion de guantes grasos para las manos.—Son excelentes para conservar la blancura y su-



Jardinera de salon.

vidad de las manos, y aunque se hallan de venta en las perfumerías, son mejores los que cada cual puede prepararse del modo siguiente:

Vuélvase el guante al revés y frótese con una mezcla de polvos de iris y agua de azahar; póngase á secar á la sombra. Por separado se ponen á calentar sobre ceniza caliente cuatro yemas de huevo y una cucharada de aceite de almendras dulces, á lo cual se añaden ocho gramos de aceite vírgen; hecha la mezcla y aun caliente, se dá con ella una capa á los guantes y con un rodillo se les aprieta sobre una mesa de madera, para esprimir el sobrante de mezcla que pudiera contener, y luego se vuelven otra vez.

EDITOR, SALVADOR MANERO.

SUSCRICION Y VENTA, LEONA, 13. ADMINISTRACION, LAURIA, 82, BARCELONA.

Imp. de Manero.